



Varios soldados estadounidenses se tapan los oídos al disparar un obús de mortero desde la base norteamericana de Korengal (Afganistán). / M. BERNABÉ

Lucha sin cuartel contra los talibán en el 'Valle de la Muerte'

EL MUNDO se adentra con las tropas de EEUU en una zona afgana de alto riesgo

TESTIGO DIRECTO

MÓNICA BERNABÉ / Valle de Korengal
Especial para EL MUNDO

Me encuentro en el Valle de Korengal, situado en la provincia de Kunar y considerado Valle de la Muerte porque de aquí son originarios los líderes talibán que controlan esta estratégica zona del este de Afganistán (frontera con Pakistán) y porque se ha convertido en un callejón sin salida para las tropas norteamericanas. Estados Unidos tiene aquí cinco pequeñas bases militares y un total de 130 efectivos desplegados desde 2007.

Sin embargo, después de dos años no ha conseguido controlar ni un ápice este minúsculo territorio, de menos de 10 kilómetros y con una población de sólo 5.000 habitantes. Aquí no se lleva a cabo ningún proyecto de cooperación, no se ha conseguido arreglar ni siquiera un kilómetro de carretera –casi intransitable– y la población local no está dispuesta a trabajar para las tropas norteamericanas, paguen lo que paguen. Nadie las quiere.

La compañía Viper del Ejército de tierra estadounidense se encuentra destacada en la zona desde el mes de julio. Desde entonces 30 de sus soldados han resultado heridos y ocho han muerto. El último hace menos de dos semanas: el 15 de abril.

La primera alerta en la base de Korengal –la más grande de las cinco existentes, con unos 50 efectivos estadounidenses y otros

tantos afganos– se produce a las once de la mañana. Los talibán atacan una patrulla norteamericana que se desplazaba a pie por la carretera principal del valle y desde la base se responde con fuego de artillería. Asimismo, dos helicópteros Apache aparecen rápidamente en el cielo para ofrecer apoyo aéreo.

A la una de la tarde llega la segunda alarma. Una estridente sirena empieza a sonar en toda la base. Significa que vuelve a haber fuego de artillería, pero esta vez no disparan las tropas norteamericanas, son los insurgentes los que atacan.

Todo el mundo corre a ponerse a cubierto en los búnkers y de nuevo los militares estadounidenses contestan con fuego de mortero. Una vez más los Apache sobrevuelan la zona. No es la última alarma. A las tres y media de la tarde, otro ataque y más morteros. Y a las cuatro.

«Resulta un poco estresante estar en el mismo sitio haciendo lo mismo cada día», dice el soldado Olson, de 21 años, encargado del lanzamiento de morteros. Como él, 12 chicos más, casi todos veinteañeros y cuyo único conocimiento de Afganistán se reduce a esa lanzadora de morteros, de la que tienen que estar pendientes noche y día.

«Estamos aquí de la seis de la mañana hasta que oscurece, sin movernos», dice otro soldado, Goodman, de 24 años, «y por la noche nos turnamos para que siempre haya dos personas de guardia». Así desde hace 10 me-



«Lo mejor que nos puede pasar es que nos ataquen», dice uno de los soldados

Después de dos años Washington no ha logrado controlar el minúsculo territorio

ses, que es el tiempo que llevan destacados en Afganistán. Y todavía les faltan dos más. Goodman reconoce que, en esta situación, lo mejor que les podría pasar es que les atacaran. «Al menos tendríamos que responder y así haríamos algo». «Me gusta mi trabajo» es la

respuesta de Olson a la pregunta de la periodista sobre si le gusta Afganistán. «Aquí tengo la oportunidad de disparar con mucha frecuencia y ganar experiencia, cosa que en otras bases tal vez no ocurriría», añade.

En la base de Korengal los ataques y el intercambio de fuego de artillería son tan habituales que aquí la gente lanza morteros tan rápido como quien pela un plátano, y habla de matar talibán como quien mata moscas.

Los morteros se disparan en la dirección de donde se cree que proviene el ataque, intentando acertar al máximo, pero el subteniente John Rodríguez declara que les resulta imposible confirmar si han dado en el blanco.

«Tenemos capacidad para interceptar las comunicaciones por radio de los talibán y, si hemos matado a algún insurgente, después ellos lo suelen comentar en sus conversaciones y así nos enteramos», explica. Sobre los civiles, en cambio, ni una referencia.

Los ataques son breves. Quince o veinte minutos escasos y nada más. Después los militares matan el tiempo como pueden: bromeando, pegándole puntapiés a un balón o conectándose a internet para navegar un rato, como si tal cosa. Como si no pasara nada a su alrededor.

 **elmundo.es**

► **Blog:**

En el 'Valle de la Muerte', por M. Bernabé

Pakistán descarta que los talibán puedan controlar su arsenal nuclear

ZEEESHAN HAIDER / Islamabad
Reuters / EL MUNDO

El presidente paquistaní, Asif Ali Zardari, descartó ayer la posibilidad de que el arsenal nuclear de su país caiga en manos de los talibán. En una amplia entrevista con los medios internacionales, Zardari habló sobre el misterio que rodea el paradero de Osama Bin Laden, el líder de Al Qaeda, sobre la influencia creciente de los talibán en su país y sobre su propio futuro político.

«Quiero asegurar al mundo que la capacidad nuclear de Pakistán está en manos seguras», declaró. El avance de los talibán hacia la capital paquistaní, Islamabad, en las últimas semanas, incrementó el temor de EEUU sobre la estabilidad de su aliado. Zardari afirmó a sus aliados occidentales que Pakistán tiene un férreo sistema de control y comando para sus armas atómicas que funciona correctamente.

La secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton, dijo en una entrevista con la cadena de noticias Fox News que EEUU no puede contemplar siquiera la posibilidad de que los talibán tomen el control de las armas nucleares paquistaníes.

Los islamistas radicales comenzaron a extender su influencia en la volátil provincia de la Frontera Noroeste, limítrofe con Afganistán, después de que el gobierno acordara con los talibán la imposición de la ley islámica (*sharia*) en el valle del Swat, con la esperanza de acabar con la violencia. La decisión ha fomentado la imagen de un Gobierno cediendo ante los fundamentalistas.

Los talibán del valle del Swat se mostraron dispuestos a dar refugio al líder de Al Qaeda, Osama bin Laden, en tierras bajo su control, extendiendo la alarma ante la posibilidad de que el valle montañoso se convierta en un nuevo santuario de militantes islamistas.

Bin Laden «está muerto»

El presidente paquistaní señaló que el paradero de Bin Laden continúa siendo un misterio, pero que hay sospechas de que el millonario saudí podría estar muerto. Según Zardari, altos cargos estadounidenses le habrían dicho que no hay rastro del líder de Al Qaeda y que la Inteligencia paquistaní comparte la misma idea.

«No hay noticias», aseveró el presidente paquistaní. «Los norteamericanos me dicen que ellos no lo saben y están mucho mejor equipados que nosotros para localizarlo. Nuestros servicios secretos obviamente piensan que ya no existe, que está muerto», declaró, según recoge la agencia Dpa.

«La cuestión es si está vivo o muerto. No hay ni rastro de él», añadió. El viudo de la ex primera ministra paquistaní Benazir Bhutto explicó que cuenta con una «relación de confianza» con los militares, que han gobernado Pakistán durante sus más de 60 años de historia.